

hasta los últimos confines de la servidumbre y del rebajamiento. Lo que importa sobre todo es que el fanático apego á los recuerdos de una época no sea nunca un embarazo para la obra esencial de nuestros días, la fundación de la libertad por la regeneración de la conciencia individual,, (1).

Rendimos muy gustosos el debido homenaje á los sentimientos que animan al autor de esa página, digna de Tácito cuando estigmatiza la servidumbre voluntaria de los Romanos del imperio. Que el historiador aplique el hierro candente en la frente de los miserables que se prostituyen ante un amo; que haga notar los errores que perturban las inteligencias y extravían las almas, nada mejor: esa es su misión. Pero también es su misión la de ser justo. ¿Y hay justicia en atribuir los desfallecimientos y las apostasias del 52 al arranque del 89? ¿Los vencedores de la Bastilla y los autores de la Declaración de los derechos del hombre eran acaso Romanos del imperio? El historiador debe ignorar el desaliento; no se desalienta jamás: no duda nunca de los destinos de la humanidad, porque sabe que Dios los dirige (a). Por triste, por repugnante que sea el espectáculo de las imperfecciones humanas, el historiador no se amedrenta; se consuela de las miserias del presente fijando los ojos en el porvenir; cuando juzga lo pasado, no lo condena ni lo ensalza: reprobalo sería condenar la humanidad, y la condenación subiría hasta á Dios; tampoco debe enaltecerlo; porque en todo toman parte siempre las flaquezas humanas (b). Pero las caídas del individuo y las expiaciones, que son la consecuencia inevitable, no impiden el que se vaya perfeccionando sin cesar, porque el hombre cayendo es como aprende á andar.

Es necesario que los pueblos saquen también

(1) RENAN. *Ensayos de moral y de crítica*, Prefacio, p. x.

(a) Pues entonces, ¿cómo ajuiciar las caídas de los pueblos, sus movimientos de alto, de avance y de retroceso? ¿A qué viene hacer intervenir á Dios en todo, lo mismo en el conjunto que en los detalles, y prescindir del libre albedrío del hombre? Nos parece más acertada la observación de Renan que la crítica de Laurent.—(N. del T.)

(b) «*Aliquando bonus dormitat Homerus*». El autor dice aquí una cosa que no quiso decir ó dice un absurdo. ¿Qué historia es esa que ni ensalza ni condena, y que todo lo encuentra intachable, porque al fin Dios lo dirige todo y todo ha de resultar que ha sido bueno y se ha convertido en progreso? Eso es negar la acción del hombre en los actos humanos; es negar el libre albedrío, la responsabilidad del hombre, y, por consiguiente, su dignidad; es negar la moral y la ley misma de perfectibilidad y de progreso; es venir á parar á un optimismo fatalista, enervador, insostenible á todas luces ante la razón y ante la historia.—(N. del T.)

provecho de sus caídas, y sólo á esta condición son dignos de llamarse soberanos, porque quien dice soberanía dice responsabilidad. Bueno es despertar é ilustrar la conciencia general; esa es la misión del historiador, el cual debe decir la verdad á las naciones soberanas, como la debía decir en otro tiempo á los reyes absolutos, y debe patentizar sus errores para que se precaban en el porvenir; solamente á ese título llegará á ser la historia lo que no ha sido hasta aquí, una enseñanza saludable. Los reyes no han aprovechado sus lecciones; su egoísmo es un obstáculo invencible á la abnegación que deberían tener para comprender su misión: han sido los dueños y señores, y deben dejar de serlo. Perdonémosles si su interés les ciega hasta el punto de que se crean eternos, y esperemos que los pueblos lleguen á ver más claro. El papel de éstos no es transitorio como el de aquéllos: los pueblos no están llamados á abdicar; son realmente eternos como la humanidad; pero deben irse perfeccionando sin cesar, así como los individuos. Su destino está en sus manos, pero es preciso que se lo elaboren, es decir, que deben ayudarse á sí mismos si quieren que Dios les ayude. Siendo imperfectos por lo mismo que son perfectibles, deben aprender á conocerse para poder enmendar sus errores. Sólo á ese precio realizarán la libertad y la ventura que es dado realizar á la naturaleza humana (a).

§ III.—La era nueva.

N.º 1.—La Revolución y la nueva era.

El siglo XVIII tenía aspiraciones infinitas y esperanzas no menos ilimitadas; esa tendencia tenía de singular el que, por oposición al cristianismo, que buscaba la felicidad en la vida futura, los filósofos esperaban que se realizase en la tierra; no pudiendo creer en un cielo quimérico, viciado además por la horrible concepción del infierno, se echaron á concebir ó á soñar una felicidad terrestre. El sentimiento de progreso que les inspiraba

(a) Esto ya no se compagina con lo otro; al menos nosotros no acertamos á compagnarlos. Si el autor no afirmase, sino que se concretara á exponer, no estaría fuera de propósito el conocer el pro y el contra en todas las cuestiones; pero Laurent afirma el pro y afirma el contra. Dice que no es fatalista, pero en muchísimas ocasiones no sirve que lo niegue, lo es de fondo en comble.—(N. del T.)

les dió la convicción de un mejoramiento de las instituciones civiles y políticas que no tuviese más límites que los del espíritu humano, límites que ellos no percibían. La Revolución tenía las mismas aspiraciones y alimentaba las propias esperanzas. Se han querido ridiculizar esas ilusiones, y los católicos, que se complacen en satirizar la inmortalidad terrestre profetizada por Condorcet, no reflexionan que la inmortalidad que la Iglesia promete á sus elegidos es no menos imaginaria. En el ideal filosófico hay, por lo menos, de consolador el que todo hombre está llamado á gozar de la dicha del vivir, mientras que en la creencia católica hay mil réprobos para un elegido. Y aquella felicidad, ¿es tan quimérica como afirman los partidarios del cielo? Á fuerza de aspirar al cielo en otro mundo, los verdaderos cristianos se olvidan de vivir en aquel donde Dios los coloca. Los filósofos tienen razón al decir que el destino del hombre se realiza en la tierra y que es inmortal desde esta vida, porque el mundo en que vivimos no difiere esencialmente del mundo futuro, y nuestra vida terrestre es ya nuestro cielo (a). En esa creencia, la dicha debe cambiar de naturaleza; ya no puede consistir en una existencia puramente espiritual, en la visión de Dios, consiste en vivir y no en morir. Pues vivir es desarrollar las facultades de que Dios nos ha dotado; y cuando tenemos conciencia de que depende de nosotros el hacer nuevos progresos en el camino de nuestro perfeccionamiento, la sed de felicidad que nos atormenta tiene con que satisfacerse. Sólo que no hay que limitar y encerrar nuestra existencia dentro de la vida presente, sino ver en la muerte un paso

(a) Ni esto es lo que dicen todos los filósofos, ni aquello es lo que dice la doctrina de Cristo. Los filósofos materialistas (y lo eran la gran mayoría de los colaboradores de Voltaire) dicen que todo es materia y que no hay más vida que la de la materia; podrán conocer y afirmar la idea de humanidad, pero la de supervivencia del alma, imposible, no creen en ella. Y como para ellos no hay más sumisión ni más premio que los de aquí abajo, tampoco puede haber más ley que las que el hombre mismo se da. Por consiguiente, se acabaron la moral y los destinos futuros para el hombre. Como él sea listo, durante su vida terrenal habrá ganado el premio de la carrera. Los filósofos espiritualistas dicen otra cosa. Para esos hay alma é inmortalidad, y Dios, y ley moral, y responsabilidad humana, y destinos ulteriores, aspiraciones á la felicidad perdurable, que hay que merecer. Estos últimos filósofos no desacuerdan en cosa esencial con la doctrina de Cristo; con lo que si están en completo desacuerdo es con la interpretación que lo que se llama catolicismo ha dado á esa doctrina. Si es esto lo que ha querido decir Mr. Laurent, estamos conformes. Si es otra cosa, no podemos estarlo, y remitimos al lector, para su mayor ilustración sobre este y otros puntos, al libro de ENGAR QUINET, *El Cristianismo y la Revolución francesa*.—(N. del T.)

á nueva vida. La dicha, de esta manera comprendida, conduce á la libertad civil y política, mientras que la felicidad celeste del cristianismo tradicional aleja á los creyentes de la realidad, les inspira el desdén por una existencia que no es más que la prueba de un instante y les hace despreciar todo lo que se relaciona con el orden civil y político. Tal es el principio filosófico de la era nueva que los libres pensadores anunciaron al siglo XVIII y que los revolucionarios tuvieron la ambición de realizar.

Un célebre pensador pronunció en medio de las agitaciones revolucionarias esta frase notable. *La edad de oro no está detrás de nosotros, está delante*. Tal era la creencia del siglo XVIII: esa era también la de los hombres del 89. En la *Gaceta nacional* del 2 de Enero de 1790 se leía: «La fábula dice y la historia ha repetido que el mundo ha pasado por diferentes estados: la edad de oro, la edad de plata y la edad de hierro... ¿Los poetas no podrían haberlo trabucado todo?... El mal en este mundo quizá no es más que accidental. ¿No podríamos nosotros acabar por la edad de la razón, que sería el siglo de oro?» (1). ¿Qué será esa edad de la razón y esa edad de oro colocadas delante de nosotros? La palabra sola indica que la razón reinará en lugar de la crédula fe. Pero ¿cuáles serán las instituciones civiles y políticas que establecerá la razón en lugar del despotismo, ese antiguo aliado de la superstición? La esperanza de los hombres de la Revolución tenía algo de vaguedad, como las ilusiones de los filósofos. Oigamos al abate Gregoire, una de las almas más puras de la Revolución, que gozaba alimentándose con el ideal. «La Francia es un nuevo mundo; marchaba hacia su ruina, y sus brillantes destinos iban á extinguirse en la servidumbre, cuando de repente el moribundo imperio, alzándose de en medio de sus escombros, vuelve á aparecer en la escena para ocupar el primer puesto en los fastos del universo, y prepara la revolución general que debe rejuvenecer el globo, producir su resurrección política y mejorar la suerte de la especie humana», (2). En otra ocasión presidía Gregoire la Convención nacional; una diputación de Saboyanos se presentó á pedir

(1) Reimpresión del *Monitor universal* ó *Gaceta nacional* tomo III, p. 9.

(2) Palabras del abate GREGOIRE pronunciadas desde la presidencia de la Asamblea nacional en la sesión del 29 de Enero de 1791 (*Monitor* del 31 de Enero de 1791, t. VII, p. 264).

la reunión de la Saboya á la Francia; el presidente la respondió: "Un siglo nuevo va á inaugurarse; las palmas de la fraternidad y la igualdad ornarán su frontispicio; entonces la libertad, extendiéndose sobre toda Europa, recorrerá sus dominios, y esta parte del globo no contendrá ya ni fortalezas, ni fronteras, ni pueblos extranjeros." Al oír esas palabras, la Asamblea entera se levantó y dió un grito unánime de ¡Viva la nación! (1).

Las esperanzas de libertad, de fraternidad y de paz, que la Revolución había tomado de los filósofos, dieron nacimiento á la idea de una nueva era. Ya en la época de la Constituyente se manifestó esa ambición de los revolucionarios: "Estáis llamados, dijo Barnave, á renovar la historia." (2). Cuando se hundió la monarquía, y cuando de las ruinas de una institución secular se levantó la nueva república, pareció que tomaba cuerpo lo que no había sido más que un sueño. Nada caracteriza mejor á los hombres de la Revolución que el acto de proclamar la era republicana; en la Instrucción redactada por la Convención se lee: "La era vulgar de que la Francia se ha servido hasta hoy principió en medio de las perturbaciones precursoras de la caída del imperio... Por espacio de diez y ocho siglos no ha servido más que para fijar en el tiempo los progresos del fanatismo, el envilecimiento de las naciones, el triunfo escandaloso del orgullo, del vicio, de la ignorancia, y las persecuciones y los dolores que han sufrido la virtud, los talentos y la filosofía, bajo déspotas crueles ó que consentían dar su nombre para serlo... La era vulgar fué la era de la crueldad, de la mentira, de la perfidia y de la esclavitud; ha terminado con la monarquía, fuente de todos nuestros males. Los Franceses fecharán desde la fundación de la libertad y de la igualdad. La Revolución francesa, fecunda y enérgica en sus medios, amplia y sublime en sus resultados, formará para el historiador y para el filósofo una de esas grandes épocas que como otros tantos faros están colocados en el camino eterno de los siglos." (3).

La reacción abolió la era republicana, como abolió todas las ideas grandes y generosas que produjo la Revolución en medio de tempestades. Pero las ideas no se anulan por un *senado consulto* im-

(1) *Monitor* del 25 de Noviembre de 1792.

(2) L. BLANC, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, p. 248.

(3) *Monitor*, 27 frimario, año II (*Reimpresión*, t. XVIII, p. 673).

perial. Á despecho de los reaccionarios, la Revolución continuará siendo una era nueva, y la posteridad dirá con Robespierre: "El mundo ha cambiado y debe cambiar aún. ¿Qué hay de común entre lo que existe y lo que pasó?" (1). "La Revolución es la época más grande de la historia humana y debe fijar sin retroceso los destinos del mundo." (2). Y no son éstas vanas palabras: la profecía se ha realizado; la Revolución ha encarnado en las instituciones civiles y políticas de la Europa entera. Sí, haga lo que quiera la reacción ciega, la nueva era abierta en el 89 continúa su camino, unas veces gloriosa y á la faz del sol, otras veces encubierta y en medio del silencio. Aun no han transcurrido cien años desde la nueva era, y, como decía Robespierre, todo ha cambiado ya. Desde ahora se puede afirmar que la Revolución del siglo XVIII producirá consecuencias tan inmensas y tan incalculables como las del cristianismo. Un revolucionario fué el primero que hizo esa comparación entre el Evangelio y los derechos del hombre. Citemos sus palabras; ellas nos revelarán la significación de la era revolucionaria en la cual ha entrado toda la humanidad. Unos cuantos hombres del 93 se hallaban reunidos en un banquete, y uno de ellos, *Herault de Sechelles*, pronunció estas palabras dignas de la tribuna nacional, en la cual no se pronunciaron otras más profundas: "La Revolución traerá al mundo cambios tan grandes en filosofía como los que produjo el cristianismo. La soberanía de los pueblos eclipsará el despotismo de los reyes, y las fábulas del paganismo y las locuras de la Iglesia se verán reemplazadas por la razón y la verdad." (3). Era tanto como decir que la Revolución se apoderaría de todo el hombre, y no solamente abrazaría la vida social y política, sino también la vida del alma, la religión.

N.º 2.—Carácter religioso de la Revolución.

I

Los escritores católicos rechazan esa apreciación, y es natural; ¿no tienen ellos la pretensión

(1) *Dictamen* del 28 floreal, año II.

(2) Otro en nombre del comité de salud pública el 18 pluvioso, año II, acerca de los principios de moral política que deben guiar á la Convención en la administración interior de la República.

(3) VILATE, *Causas secretas de la revolución del 9 thermidor* (Colección de las Memorias sobre la Revolución, por BAUDOUIN, tomo XLVII, p. 234).

de profesar la única religión verdadera, que Dios mismo ha revelado y de la cual es guardián infalible la Iglesia? Se concibe que desde el trípode de su verdad divina desdeñen las pretensiones de los revolucionarios, diciendo que querrian transformar el Juego de pelota en Sinai y disfrazar de Moisés á Mirabeau. También preguntan si los doscientos curas que, con los diputados de la clase media, constituyeron la Asamblea nacional creyeron rechazar la caída de Adán y negar la reparación que nos ha librado del pecado original (1). Pues respondemos que sí, sin temor á los espirituales sarcasmos de los partidarios del pasado. El académico cuyas palabras acabamos de citar ha hecho grandes estudios sobre la Revolución y sobre la historia de Francia; pero ha descuidado un poco el siglo XVIII; á estudiarlo más á fondo, hubiera aprendido que no fueron los curas los que hicieron la Revolución, sino los filósofos, y que aquellos filósofos no estaban nada convencidos del dogma de la caída; al contrario, combatieron con todas sus fuerzas una creencia que degrada la humanidad, y atada de pies y manos la entrega á merced de un clero ambicioso; aquellos libres pensadores tenían la pretensión de que la humanidad podía pasarse sin el socorro de la Iglesia para librarse de su larga esclavitud. Y la Francia utilizó esas lecciones el 14 de Julio de 1789. Puede, pues, asegurarse resueltamente que los héroes de la Bastilla protestaron contra el antiguo error de la caída al destruir el despotismo real, pariente próximo de la dominación de la Iglesia. Al propio tiempo protestaron, tuvieran ó no conciencia de ello, contra la fe en un Redentor divino, porque tuvieron la audacia de procurarse ellos mismos su salvación en este mundo sin el auxilio de la Virgen, y, en caso necesario, á su pesar. Y eso no porque abandonaran la religión, porque su primer pensamiento fué escribir en presencia del Ser Supremo la tabla de los derechos del hombre. Hé ahí el nuevo Evangelio de la humanidad moderna.

Se dirá que respondemos con malos chistes á otros que, para nuestro gusto, son igualmente malos. La opinión que combatimos ha encontrado un intérprete más serio: A. de Tocqueville es más que un académico; pertenece á la familia de los Montes-

(1) LOUIS DE CARNÉ, *La tradición constitucional en Francia*, desde 1789 á 1863 (*Revista de Ambos Mundos*, 1863, t. VI, p. 30).

quieu. ¿No es posible que haya adquirido con el comercio del *Espíritu de las leyes* una timidez excesiva con respecto á las cosas religiosas? ¿O procederá de la influencia de una verdadera fe? En este caso, deploraríamos la acción funesta que la religión del pasado ejerce en los más grandes talentos. Los católicos están tan persuadidos de que el catolicismo es la última palabra de Dios, que no pueden comprender revolución alguna que traspase el círculo estrecho de su Iglesia, llámese aquella Reforma ó llámese Revolución del 89. Pero, ¿y los hechos? Cuando los hechos los asedian, les dan tormento, hasta que la historia, así interpretada, diga precisamente lo contrario de la verdad. Dejemos hablar á Tocqueville, y el lector decidirá si nuestro juicio es ó no demasiado severo (1).

Confiesa Tocqueville que las apariencias están contra él. ¿Cuál fué el primer paso que dió la Revolución francesa? Atacar á la Iglesia: se apoderó de sus bienes y cambió su constitución. ¿Hizo eso por codicia ó por amor al jansenismo? Tocqueville tiene demasiada elevación para aceptar esas explicaciones banales. Reconoce que la pasión irreligiosa "fué la primera que se encendió y la última que se extinguió entre las que nacieron de la Revolución." Sí, la Francia se resignó al despotismo, pero permaneció siempre rebelada contra lo que ella llama la superstición, y esa superstición no es otra cosa que el cristianismo tradicional (a). Siendo esto así, ¿cómo negar que la religión juega un papel considerable en el movimiento del 89?

Tocqueville responde que la guerra á la reli-

(1) A. DE TOCQUEVILLE, *El antiguo régimen y la Revolución* (Paris, 1855), p. 8 y siguientes.

(a) No es solo Tocqueville el que opina de diverso modo que Laurent, es Michelet, es Edgar Quinet, son todos los que han estudiado á fondo y sin preconcepción sistemática la Revolución francesa. Laurent, que llama pigmeos á los que señalan como causas de aquella «los menudos hechos»; que añade después «que las causas de una Revolución universal no deben buscarse exclusivamente en Francia, y que si se quiere saber de dónde vino la tempestad, hay que remontarse á las nubes que encerraban la electricidad acumulada por los siglos...» viene aquí á encerrar esa Revolución dentro del estrecho círculo de los filósofos, negando la influencia que tuvieron los siglos precedentes y en ellos la levadura de las creencias religiosas. La Francia, dice Edgar Quinet, no quiso separarse en el siglo XVI del catolicismo; pero tampoco quiso atarse á él. La Asamblea constituyente obró del mismo modo. Si hay alguna verdad demostrada en este gran litigio, es la de que la Iglesia, por medio de la bula *Unigenitus*, repudió el Evangelio, y que la Revolución lo recogió y lo ensalzó. «La Francia enseñará á las naciones, decía Mirabeau, que el Evangelio y la libertad son las bases inseparables de la verdadera legislación y el eterno fundamento del estado más perfecto del género humano.» Después vino la lucha con el clero y la Iglesia, lucha provocada por los católicos, y la revolución recogió el guante.—(Nota del Traductor.)

gión fué sin duda alguna un rasgo notable de la Revolución, pero pasajero y fugitivo. ¡Cosa singular! Atribuye ese rasgo á las ideas y á las pasiones que prepararon la Revolución, y niega que aquel sea su genio propio, lo cual tiene algo de paradójico. Tocqueville confiesa que la filosofía del siglo XVIII fué una de las causas principales de la Revolución; y ¿quién podrá negar que aquella filosofía fué profundamente irreligiosa? Ese es su carácter distintivo; aquellos á quienes los hombres del 89 veneraban como sus padres eran enemigos mortales del cristianismo; y sus fieles discípulos no habrían de haber sido irreligiosos más que por accidente? Hé ahí una explicación histórica que se parece mucho á uno de esos escamoteos que hacen los prestidigitadores; pero que cuando se ven de cerca, se comprende que ha sido una víctima de una ilusión (a).

Hay dos elementos en la Revolución, continúa Tocqueville, como hay dos en la filosofía del siglo XVIII. La igualdad natural de los hombres, la abolición de todos los privilegios de castas, de clases, de profesiones, la soberanía del pueblo, tal es la sustancia de la Revolución francesa, y eso es también lo que hay de más fundamental y de más durable en la obra de los filósofos. Verdad es que éstos atacaron al cristianismo, pero era más bien á la Iglesia que á la religión á la que se dirigían sus tiros; si los filósofos hicieron una guerra implacable á los clérigos, fué porque éstos eran propietarios, grandes señores, dueños de diezmos y primicias, y, por consiguiente, del territorio, y para destruir su poder quisieron arrancarle las bases mismas del cristianismo. ¿Qué ha hecho la Revolución? Ha destruído la Iglesia como cuerpo privilegiado; el clero ya no tiene diezmos, no tiene propiedad inmueble, no es ya gerente del inmenso patrimonio de los pobres. Desde ese momento la guerra á la religión no tenía ya razón de ser, porque aquella guerra había sido un medio más bien que un fin. Una vez conseguido el objeto, se

(a) No toda la filosofía del siglo XVIII fué irreligiosa, no contra los volterianos luchó con heroico fervor J. J. Rousseau; el filósofo que más influencia y más directa ejerció y más parte tuvo en la gran Revolución. Laurent, ya lo hemos dicho, confunde el catolicismo con el cristianismo, la superstición con la religión, la Iglesia con el Evangelio, y su obcecación en ese punto no le deja ver lo que han visto los hombres más despreciados y los escritores más eminentes de Francia, lo que hoy van poniendo de manifiesto los sucesos mismos, que la Revolución vino á sacar del sepulcro la palabra de vida que entraña el Evangelio.—(N. del T.)

olvidó naturalmente el medio. Hé ahí por qué las pasiones antirreligiosas se han calmado y el odio á la religión ha hecho lugar á una reacción religiosa.

La explicación tiene ingenio, pero es completamente imaginaria. ¿Dónde están las pruebas de que Voltaire, de que los enciclopedistas, de que los holbacianos no hicieron la guerra á la religión más que para destruir la Iglesia? ¿A caso fué por acabar con los diezmos por lo que Voltaire lanzó aquel famoso grito: *Aplastad la infame*? ¡Cosa notable! El gran incrédulo apenas habla de la Iglesia propietaria; apenas si pronuncia la palabra diezmos; es al cristianismo á quien ataca cuerpo á cuerpo y al que pretende destruir. Y ¿quería destruirle solamente? No, quería mantener los dogmas de la religión natural. Y en ese sentido, Voltaire fué el apóstol de una nueva religión (a). Sus discípulos fueron más lejos: temían que conservando la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma se dejase subsistir el germen de la superstición. Y se pusieron á destronar á Dios. ¿Era eso por atacar á la Iglesia? La Iglesia desaparece en aquella lucha de gigantes. ¿Qué es lo que subleva especialmente á los filósofos contra el cristianismo? Si solamente fuesen los abusos de la Iglesia, hubieran debido abogar en favor de la Reforma, y sabido es que tan hostiles fueron á Lutero como al Papa. El gran crimen de la religión cristiana, á sus ojos, consiste en que es una religión fundada en milagros y en la revelación, una religión que por su espiritualis-

(a) ¡Destruir el cristianismo y fundar una nueva religión! ¡Voltaire convertido en taumaturgo! ¡En Apolonio de Thiana ó en Plotino! Esto sí que es bastante más imaginario que lo afirmado por Tocqueville. ¡Sus discípulos ateos... y el fundador de una religión! Laurent tampoco ve aquí claro. Voltaire es un crítico que ha precedido á los de Wette, Vatke, Bohlen, Lengerke y á los Strauss alemanes, y que ni siquiera fué tan lejos como han ido estos; pero que, como éstos, creyó que no atacaba á la esencia, al fondo moral y religioso del cristianismo. Se equivocó en esto: el escepticismo y la crítica condujeron á sus discípulos á la negación. Sólo Rousseau, espiritualista y entusiasta, se salió de la corriente é hizo esfuerzos admirables en defensa de la religión natural, como dice Laurent, para sostener y fortalecer la idea de Dios, la del alma humana libre, inmortal y responsable; en una palabra, el sentimiento religioso. ¡La religión nueva! Hoy la buscan los filósofos, convencidos de su necesidad, y no la encuentran. ¡Que extraño es que los hombres pensadores, las Asambleas más populares y los pueblos más cultos no quieran, no hayan querido abandonar el cristianismo! De ahí su tenaz empeño por reformarlo, por limpiarle de los harapos con que se han vestido las iglesias ó las necesidades de los tiempos ó las pasiones de los hombres. Sólo que al *Non possumus* de esas iglesias surgieron los conflictos: el empeño de ambas partes engendró la guerra, cuyas consecuencias son desastrosas y las sufre la humanidad.—(N. del T.)

mo excesivo vicia la moral (a), una religión que por sus dogmas encadena el entendimiento humano; en una palabra, los libres pensadores rechazaron una religión que era incompatible con la libertad del pensamiento. Decir que al atacar á la religión no pensaban más que en los diezmos y en la dominación del clero, es rebajar su papel y alterar su pensamiento; los filósofos no separaron nunca la superstición del despotismo (1).

Tales fueron los precursores de la Revolución. Los discípulos de los filósofos se mostraron dignos de sus maestros. No es verdad que quedasen satisfechos cuando acabaron con la Iglesia como cuerpo privilegiado. Eso se hizo en los primeros días de la Revolución. Si los revolucionarios no hubiesen sido hostiles á la religión del pasado más que á causa de la Iglesia, la guerra hubiera debido cesar desde que los diezmos fueron suprimidos y los bienes eclesiásticos declarados del Estado (b). Pero fué todo lo contrario: la verdadera guerra de la Revolución comenzó solamente cuando ya no hubo Iglesia. ¿Qué querían, pues, los revolucionarios? Aniquilar el cristianismo tradicional, que para ellos no era más que una superstición; los más moderados de entre ellos no separaron nunca la causa religiosa del régimen político que se trataba de destruir para elevar un nuevo edificio social. Oigamos á un constituyente: "La cuestión que hoy se agita en Francia, y que ocupará seguramente al resto de Europa, es la de saber si la superstición y el feudalismo son ó no instituciones eternas y necesarias," (c). Es un pastor protestan-

(a) Ya hemos dicho que esta opinión es exclusiva de Laurent, y en nuestro concepto, grandemente errónea. Que por espiritualista la religión de Cristo vicia la moral, no lo hemos leído en los críticos franceses ni en los alemanes. ¡Bastante más la vicia el materialismo de los utilitarios! La prueba de que la doctrina del Cristo no servía sólo para el cielo es que ha servido para la tierra y ha transformado el mundo.—(N. del T.)

(1) CONDORCET, *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, época X: «Llegará el día en que el sol no alumbrará sobre la tierra más que á hombres libres y que no reconozcan más dueño que la razón; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no existan más que para la historia y para los teatros, donde sólo se ocupará el público de ellos para condolerse de sus víctimas y para mantener, por medio del horror que causan sus excesos, una continua y útil vigilancia, á fin de poder sofocar con el peso de la razón los primeros gérmenes de superstición y de tiranía que intentarán reaparecer.»

(b) La guerra á sí misma se la ha hecho la Iglesia. Combatida por ella la Revolución, se ha defendido y ha atacado á su vez. Ya lo hemos dicho. Edgar Quinet lo ha demostrado.—(N. del T.)

(c) Querer confundir la superstición y el feudalismo con el cristianismo nos parece absurdo. Ni lo pretendía Rabaut Saint Étienne, ministro ó pastor protestante, ni lo pretendió nadie

te el que escribe esas palabras. Rabaut gustaba de confundir el Evangelio con la Revolución, y para él la *Declaración* de los derechos del hombre era un nuevo *Evangelio*, así como el Evangelio no era otra cosa más que la *Declaración* de los derechos (1).

Si; para los revolucionarios la *Declaración* de derechos fué un nuevo Evangelio (2). Pero no creían, como Rabaut, que aquella fuese una segunda edición de la predicación evangélica; para ellos era literalmente una nueva religión. El mismo Tocqueville lo reconoce cuando observa que la Revolución francesa, á diferencia de otras revoluciones políticas, tenía un carácter de universalidad que la asemeja á las revoluciones religiosas, y añade que se difundió, como éstas, á lo lejos, y que se extendió por medio de la predicación y la propaganda; y confiesa que entre las cosas nuevas que la Revolución ha enseñado al mundo es esa la más nueva á no dudar: "Una revolución política que inspira el proselitismo y que es predicada á los extranjeros con tanto fervor como el que es realizada, ¡qué espectáculo!," Por último, como subyugado por la verdad, Tocqueville escribe estas palabras: "La Revolución se convirtió á sí misma en una especie de religión nueva, religión imperfecta es verdad, sin Dios, sin culto y sin vida ulterior, pero que, sin embargo, á semejanza del islamismo, inundó toda la tierra con sus soldados, sus apóstoles y sus mártires."

Hé aquí una confesión notable en boca de un enemigo. Disculpémosle la calumnia católica de que la Revolución fué una religión sin Dios. Son los discípulos de Rousseau los que inspiraron la Revolución en lo que tenía de religiosa; y no tenía Dios Rousseau? Voltaire mismo fué el defen-

¡Hacer una nueva religión de la declaración de derechos!... Esto es pueril, no lo que entendían aquellos liberales sinceros es que la libertad y la igualdad y los derechos del hombre tenían su asiento y su confirmación en el Evangelio. Lo que entendían era que estaban sacando las consecuencias legítimas de la doctrina del Cristo, que aplicaban á la sociedad su palabra de vida. Eso creían, y eso era la verdad. Tomar ahora otro rumbo, y querer destruir y desprestigiar aquella doctrina para afirmar esos derechos... se nos antoja el más funesto de los errores en que han podido incurrir los hombres que se tienen por sabios.—(N. del T.)

(1) RABAUT, *Compendio en la historia de la Revolución, Reflexiones políticas*, números 4 y 15.

(2) *Carta del ministro de Negocios extranjeros*, 21 de Enero de 1792, á M. de Noailles, embajador de Viena. «La nueva constitución ha parecido á la gran mayoría de la nación una especie de religión y la ha acogido con entusiasmo: así es que la defenderá con la energía propia de los sentimientos exaltados.» (*Monitor* del 3 de Marzo de 1792).